

RESEÑAS

GOTTHILF HEINRICH SCHUBERT, *El simbolismo del sueño* (trad. J. García Font, edición y estudio preliminar Luis Montiel), Barcelona, MRA, 1999, 174 pp.

Luis Montiel es un magnífico conocedor de la tradición alemana, tanto literaria como médica. Su excelente libro, junto a Elvira Arquiola, llamado *La corona de las ciencias*, nos relataba la transición entre la medicina ilustrada y la romántica en la Europa del cambio de siglo. Insiste ahora en el conocimiento del sector médico que más le interesa, el de la medicina del alma, a través de la interesante obra *El simbolismo del sueño*, muy bien traducida por J. García Font. Nos adentra en el significado del romanticismo médico alemán, que recupera la vieja idea griega de que la fisiología humana es Naturaleza. Es más, toda la vida humana es participación en la Naturaleza, como insistían los filósofos y los médicos clásicos, de Grecia y Roma.

También desde los antiguos, recobrada por la filosofía natural del Renacimiento, se insiste en el valor de la recuperación de los sueños. Extraños «síntomas» que ahora se definen como espuma y se consideran como objetos de la historia natural, si bien como el «lado nocturno» de la ciencia natural. Se quieren explicar desde el conocimiento del sistema nervioso vegetativo, cuando entra en relación con el central. Se recurre a diversos elementos anatómicos, con amplio significado cultural y tradicional, así a los nervios de la fonación, pero también al hígado y al plexo celíaco. No es extraño que todos estos elementos se relacionen con la adivinación, la profecía, pero asimismo con la poesía y la locura. Sería una entrada en el infierno de las funciones inferiores, tan temida por Descartes y los racionalistas.

Esta parte oscura del ser humano, que no admite la ética ni el humor habituales, que escarba en el fondo de la mente y de la juventud y la infancia, tiene un doble papel de vida y muerte. Actuando como el alquimista helmontiano, con sus caminos de análisis, destrucción y asimilación, las funciones vegetativas llevan a la nutrición y al crecimiento, al conocimiento también. El espacio y el tiempo, más que atributos de Dios o de la Naturaleza, son por tanto ciclos vitales.

Los sueños son también símbolos universales, que vienen de la Naturaleza, por tanto de su Creador. La primitiva significación que en Babel, o en el Paraíso se perdió se recupera por el «poeta escondido», quien es capaz de descubrir de nuevo distintos significados, por tanto de poetizar. Se supera la vivencia kantiana del tiempo, recuperando los sueños de la juventud, y también el sentimiento de culpa.

Sabe bien Luis Montiel, como buen escritor que es, la coincidencia entre narrativas, literarias y psicológicas. Las cercanías que establece entre otras obras del autor, o de otros escritores, como Hoffman, así lo muestran. La relación entre escritura y clínica, que él conoce bien a través de sus estudios de Mann y Jung, es necesaria y nos señala bien por donde se escapan esas burbujas de la vida interior. Desbordando las barreras, o más bien escuchando su fognazo, los vapores nos embriagan de belleza y sabiduría, pero también de dolor y angustia. La búsqueda de significado siempre es difícil, es el camino de la psicología de las siguientes generaciones.

José Luis Peset

Depto. Historia de la Ciencia, IH, CSIC

FRANCISCO J. PUERTO SARMIENTO, MARÍA ESTHER ALEGRE PÉREZ, y MAR REY BUENO (coords.), *1898 Sanidad y Ciencia en España y Latinoamérica durante el cambio de siglo*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid-Eds. Doce Calles, 1999, 268 pp.

La obra que aquí se presenta constituye el resultado de las aportaciones realizadas en el Seminario Internacional Complutense que, bajo el mismo título que la publicación que comentamos, tuvo lugar en la facultad de Farmacia durante los días 12 y 13 de noviembre de 1998. Este acontecimiento, en el que participaron historiadores de la ciencia latinoamericanos y españoles, se sumó a las numerosas iniciativas que, con motivo del final de siglo y, especialmente, del significado de 1898 para nuestro país, se organizaron con la finalidad de reflexionar sobre lo acaecido en diversos terrenos en el tránsito del siglo XIX al XX. Así, entre las actividades que se ocuparon de estudiar el papel y los efectos de la crisis de 1898 en la Medicina, cabe mencionar la organizada por Juan Luis Carrillo en Sevilla los días 19 y 20 de diciembre de 1997, cuyos resultados formaron parte del monográfico «La crisis de 1898 en la medicina» publicado en el volumen de *Dynamis* de 1998 y de la publicación *Jornadas «La crisis de 1898 y la Medicina»* (1999). Centrada en el ámbito de Madrid, fue la mesa redonda organizada por Rafael Huertas que, bajo el título *La higiene madrileña y sus instituciones en el cambio de siglo. (1875-1923)*, tuvo lugar el 17 de diciembre de 1998 en el Centro de Humanidades del CSIC, y cuyas aportaciones aparecerán recogidas en un volumen que se halla en prensa. Con anterioridad, en octubre de 1996, R. Campos y R. Huertas coordinaron un módulo sobre «La Ciencia en el 98» en el marco de las *Jornadas sobre 1898, ¿ruptura o continuidad?*, que fueron organizadas por Consuelo Naranjo y se celebraron también en el Centro de Humanidades del CSIC de Madrid.

Sin duda, el carácter internacional del Seminario, tanto en lo que se refiere a participantes como con respecto a los temas abordados, permitió enriquecer el contenido de la reunión y de esta publicación, que se ha estructurado en dos partes. Una primera, en la que se recogen las aportaciones realizadas sobre la situación de la ciencia y la sanidad en torno al 98 en los territorios extrapeninsulares de influencia hispana; y una segunda, consagrada a mostrar lo ocurrido en la España del cambio de siglo. La primera parte del libro se inicia con dos capítulos dedicados a presentar lo sucedido en México. En el primero de ellos, P. Aceves toma como punto de partida la situación de renovación vivida por las ciencias naturales a finales del período colonial, expresada con más fuerza a partir de la independencia mejicana en 1821, para ocuparse a continuación del proceso de construcción de una materia médica y farmacopea mejicana, y acabar centrando su exposición en la renovación subsiguiente de los estudios de medicina y farmacia. En este último caso, la autora nos muestra la influencia favorable de la independencia mejicana en el proceso de ordenamiento y consolidación de la profesión farmacéutica. A su vez, C. Viesca expone el también positivo papel que la independencia ejerció en el desarrollo e institucionalización de la investigación médico-farmacéutica mejicana. Se trata, por tanto, de dos aportaciones complementarias, incidiendo más la primera en los aspectos profesionales y la segunda en la vertiente científico-técnica. En su trabajo, M. Sapag-Hagar hace un recorrido por la situación de Chile en el cambio de siglo, llamando la atención sobre la relación de su aislamiento geográfico con la lentitud registrada en el desarrollo científico y el consiguiente atraso, que sólo sería superado a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. En ese proceso de superación, además del papel representado por los viajes científicos desde la metrópoli —como la Comisión del Pacífico (1862-1866) no mencionada por el autor—, contribuyeron de modo importante tanto la inmigración de profesionales y científicos del Viejo Mundo como el regreso de los jóvenes médicos que habían sido becados para formarse en Alemania y Francia. Esto último fue especialmente importante en el ámbito de la bioquímica y la bacteriología y, consecuentemente, en el proceso de modernización de la medicina chilena. La profesión farma-

céutica también alcanzó un mayor desenvolvimiento e institucionalización durante este período, especialmente desde que en 1833 se regularon los estudios de farmacia y, sobre todo, con la llegada de farmacéuticos alemanes a partir de 1850. El autor relaciona este proceso con el protagonismo que alcanzaron la ciencia médica, la sanidad y los profesionales sanitarios en el cambio sociopolítico operado en Chile en el tránsito al siglo XX. Este mismo período, pero para el caso argentino, fue objeto de atención por parte de C. Lértora. Esta autora se centró en el estudio de las relaciones (convergentes y divergentes) entre los cambios operados en las ciencias médicas y la práctica sanitaria, tratando de mostrar sus conexiones con la ideología científica hegemónica y con las necesidades sociales. Al igual que sucedió en los otros países mencionados, fue en la segunda mitad del siglo XIX cuando se llevó a cabo la reorganización científica, en la que participaron las universidades y academias argentinas. Como cierre de la primera parte de esta publicación, A. González nos presenta la labor desarrollada por naturalistas españoles en el norte de África entre 1860 y 1936. A pesar de este planteamiento, el autor no se restringe al marco geográfico de los territorios norteafricanos, sino que lo amplía a Guinea y Fernando Poo. Quizás debido a esta dispersión geográfica, no se ocupa suficientemente de las misiones al noroeste africano de 1884 y 1886, que se llevaron a cabo con el fin de estudiar su fauna y su flora y en las que participaron figuras tan relevantes como Manuel Antón y Ferrándiz. Este sabio alicantino consagraría su vida a los estudios antropológicos a partir de su participación en la misión de 1884.

La segunda parte del texto que, como se indicó, está consagrada a nuestro país, contó con las aportaciones de un nutrido número de historiadores de la ciencia españoles que se ocuparon de aspectos relativos a la historia de las ciencias naturales, de la psiquiatría, de la química y de la farmacia en la España del fin de siglo. En el trabajo de F. Pelayo, a través de la actividad realizada por los naturalistas españoles de la segunda mitad del siglo XIX y de la respuesta dada a la recepción del darwinismo, se nos muestra el conflicto entre ciencia y creencia en España a finales de la centuria. El autor pone de relieve las limitaciones que todo ello supuso para el desarrollo e institucionalización de las ciencias naturales en nuestro país. Como afirma Pelayo, el contexto dentro de nuestras fronteras al iniciarse la segunda mitad de la pasada centuria no era el adecuado para recibir la obra de Darwin. Su difusión se llevó a cabo entre 1868 y 1874, siendo la paleontología la disciplina más importante en el debate darwinista al ser el registro fósil la principal prueba para darwinistas y creacionistas. Creo que este hecho que expone el citado autor permite explicar, en España y buena parte del resto del mundo, el eclipse del darwinismo producido a finales del pasado siglo, que se resolvió con el recurso a la genética mendeliana y el surgimiento del neodarwinismo. A continuación, A. Gomis ofrece un breve panorama de las principales instituciones científicas españolas (Museo de Ciencias Naturales, Real Jardín Botánico, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Sociedad Española de Historia Natural, Ateneo Científico Literario y Artístico de Madrid —sobre todo de su Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales— y la Real Academia de Medicina) y de su grado de desenvolvimiento en el final de siglo. Sin abandonar este ámbito institucional, E. Valverde y C. Sanchidrián discuten en su trabajo sobre el marco teórico relacionado con la fundación del Laboratorio Municipal de Madrid, concluyendo que ésta no se cimentó en la teoría bacteriológica sino en explicaciones más antiguas del origen de la enfermedad como las doctrinas miasmática y telúrica.

Con un buen manejo de las fuentes, R. Campos, R. Huertas, O. Villasante, y A. Diéguez —dos historiadores de la ciencia y dos psiquiatras—, identifican algunos de los interrogantes existentes en la historiografía psiquiátrica española respecto a lo que fue la psiquiatría en nuestro país en el cambio de siglo, y adelantan algunas respuestas. Los autores apuntan cómo frente a la afirmación tradicional de que la psiquiatría española del siglo XIX tenía una orientación exclusivamente anatomoclínica, es preciso admitir que hubo orientaciones organicistas y psicologistas, y que incluso convivieron ambas en algunos autores como Giné. Se ha dicho también que los manicomios públicos nunca fueron espacios medicalizados y que, precisamente, la ausencia de directores médicos

fue una de las principales razones de su deterioro, pero esto sólo habría sido cierto para algunos manicomios como el de Leganés. Igualmente, los autores consideran necesario matizar el papel protagonista asignado tradicionalmente a los establecimientos privados en el origen y desenvolvimiento de la psiquiatría española del fin de siglo, ya que estos centros se debatieron entre la legitimación científica y la promoción empresarial, teniendo algunos de ellos serios problemas de gestión y masificación, llegando incluso a fracasar como instituciones terapéuticas. Con respecto a la recepción del degeneracionismo en nuestro país, los autores refieren la existencia de dos posturas distintas adoptadas por los alienistas entre 1876 y 1900, según los medios en los que desarrollaban su actividad profesional. Así, el rechazo o la indiferencia presidieron sus actuaciones en el ámbito clínico, mientras que como peritos en los tribunales fueron firmes defensores de la doctrina degeneracionista. Esta doble actitud es explicada por los diferentes objetivos e implicaciones que podía tener en cada uno de esos medios. Mientras que en sus intervenciones en los tribunales la teoría de la degeneración les posibilitaba la construcción de la teoría científica de la defensa social y su legitimación como expertos, en el ámbito de la asistencia debían hacer frente a los aspectos clínicos del problema y su principal objetivo era la promoción de sus centros privados y el logro del monopolio asistencial. Como cierre, los autores hablan de la influencia que tuvo el movimiento regeneracionista en la renovación de la psiquiatría española, indicando que su modernización se produciría realmente en la segunda y tercera década del siglo XX.

La historia de la química fue objeto de atención en dos de las contribuciones realizadas en este Seminario. Por un lado, F. J. Puerto mostró cuál era la situación de la enseñanza de la química en España en torno a 1898. Para ello, tras hacer un breve resumen desde el Renacimiento hasta el siglo XIX, se centró en lo ocurrido a partir de 1845 al objeto de poner de relieve cómo se introdujo la química en la Universidad española y la transformación que en lo relativo a su implantación y desarrollo se produjo hacia el fin de siglo. A través de dos testimonios de Rodríguez Carracido de 1887 y 1927, el autor señala cómo 1900 fue un punto de inflexión en la situación de atraso y dependencia científica del exterior en esta disciplina. A su vez, I. Pellón, se ocupó de un problema concreto, «la recepción de la teoría atómica química en la España del siglo XIX», indicando que ninguna obra original española de química recogió la teoría atómica en los primeros años del siglo, siendo el primer texto castellano que la incluyó el de M. Orfila de 1822. Un aumento progresivo del número de publicaciones que se hacían eco de dicha teoría se registró a partir de 1830 y, sobre todo, desde 1880.

La historia de la farmacia fue otro de los temas abordados en la segunda parte de esta publicación. Las aportaciones giraron en torno a aspectos institucionales —análisis de la fundación y labor desarrollada por la Real Oficina de Farmacia en el fin de siglo, realizado por M^a E. Alegre y E. Valverde— y aspectos profesionales. Con respecto a esto último, J. Esteva dio cuenta de la crisis de los modelos de ejercicio profesional farmacéutico en la España del cambio de siglo e hizo un esbozo del surgimiento de la industria farmacéutica. A su vez, R. Rodríguez, siguiendo esta misma línea, centró su intervención en el análisis del cambio de actitud de los farmacéuticos españoles desde que fueron introducidos los remedios específicos en nuestro país hasta la consolidación de la especialidad farmacéutica como procedimiento farmacoterápico de elección en la década de 1930. Como señala el autor, la profesión farmacéutica española pasó, en algo menos de un siglo, de la fórmula magistral, elaborada y dispensada en las boticas, a la especialidad farmacéutica, fabricada por laboratorios especializados y puesta a disposición del público en las oficinas de farmacia. Ello supuso un cambio en la posición de los farmacéuticos frente al medicamento industrial, pasando del rechazo frontal del mismo a convertirse en protagonistas en su proceso productivo y en el control monopolístico de su comercialización.

La obra comentada, por su carácter internacional en lo que a participación y temáticas se refiere, pone a nuestra disposición un conjunto de contribuciones, en las que se nos presenta una imagen de la sanidad, del desarrollo científico, y de la situación de la farmacia en España y algunos de sus

antiguos territorios coloniales en el tránsito del siglo XIX al XX. Con ello se convierte en una publicación que puede contribuir a mejorar nuestro conocimiento en estos ámbitos en el período analizado. Un buen complemento habría sido la inclusión en el volumen de aportaciones relativas a lo acaecido en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y una mayor reflexión sobre lo que supuso la pérdida de estas colonias para la situación de la ciencia y la sanidad en la antigua metrópoli y en aquellos territorios que acababan de ser «liberados» por Estados Unidos.

María Isabel Porras Gallo

*Unidad de H^a de la Medicina, Fac. de Medicina
Universidad de Castilla-La Mancha*

JOSÉ LUIS PESET, *Genio y desorden*, Valladolid, Cuatro Ediciones, 1999, 168 pp.

La aventura espiritual y vital de Balthazar Cläes, relatada con maestría por Balzac en *La recherche de l'absolu* plantea la incompatibilidad de la felicidad humana con las aspiraciones más elevadas del espíritu. Aquí la alquimia es una metáfora de la perfección, pero en este camino, los genios tentados por grandes empresas, por la perfección en el arte, por la búsqueda de las claves del saber, carecen de medida y el infortunio y la locura son dos de los resultados de esta desmesura.

El héroe balzaquiano se sitúa muy cerca de los personajes a los que Peset nos acerca. La idea de partida de la obra está en la línea del renacido interés contemporáneo por el genio, el creador o el sabio, con pinceladas históricas sobre su origen y sobre los momentos en los cuales ha vuelto a surgir, cual Guadiana, desde sus raíces clásicas. El tipo de análisis escogido es la autopercepción de la condición de creador por parte de una serie de personajes clave en la cultura europea: Huarte de San Juan, Montaigne, Torres de Villarroel, Diderot o Thomas Mann. Desde sus obras surge la reflexión sobre las situaciones frecuentemente alejadas de lo que se rotula como normalidad, desde sus experiencias con situaciones fronterizas o claramente límites, y de forma especial, con la enfermedad y la muerte como vivencias humanas, desde su instalación como creadores.

Genio y desorden se estructura en dos grandes partes, la primera de las cuales, *Los reflejos de la naturaleza* pretende dar respuesta a la pregunta inicial, en qué consiste el genio, cuáles son sus características, a través de los escritos de Huarte de San Juan, de Montaigne, de los más importantes escritores que se ocuparon del mito de Fausto y del siempre peculiar Torres de Villarroel. Un denominador común desde el punto de vista biológico es, con matices, la teoría humoral y dentro de ella, la consideración de las cualidades de sequedad y frialdad— propias del humor melancólico— como características de los sabios quienes, como contrapartida, tendrán una mayor propensión a padecer enfermedad. Las referencias de Huarte a las mujeres, tema magníficamente estudiado por Elvira Arquiola (*Asclepio*, 40, 1988, 297-316), son contempladas por el médico de Baeza como personajes acompañantes del hombre de genio a las que se atribuye en ocasiones papeles de heroínas o de madres, aunque les es escatimado el de personas sabias e inteligentes. Uno de los capítulos más conseguidos es el consagrado a Michel de Montaigne sobre el que Peset arroja, desde nuestro punto de vista, una nueva mirada que va más allá de lo que Jean Starobinsky señala en su estudio sobre las doctrinas médicas en la obra del autor francés; la sabiduría como aceptación de la naturaleza y del propio cuerpo y la enfermedad como camino para endurecer al hombre y prepararlo para la muerte (p.47). Tras el análisis de los «Faustos» (desde el primigenio germánico, pasando por el de Goethe y el de Marlowe) cuya aventura no conducirá sino a la soledad, y donde Peset recoge acertadamente todas las interpretaciones contemporáneas del mito, la primera parte de la obra

RESEÑAS

reseñada se cierra con el capítulo «Estrellas y Coluros», donde el autor vuelve a aproximarse, desde sus estudios anteriores sobre sus almanaques y pronósticos, a la obra de Torres de Villarroel, centrándose ahora, sobre todo, en su autobiografía. Es allí, en *Vida*, donde más explícitamente pueden rastrearse las vivencias del catedrático salmantino sobre la sabiduría, la enfermedad y la muerte.

La *Coronación de la música*, es el título genérico de la segunda parte de la obra que reseñamos, con Rousseau y Diderot como primeros protagonistas que tienen como elemento común el camino no racional hacia el conocimiento y sus connotaciones para la salud. Tras los dos insignes franceses, que dan un carácter sacralizado al genio, otro de los autores analizados, Kant, recogerá para Peset parte de la herencia de Rousseau en su ensayo sobre las enfermedades de la cabeza, en el que el pensador alemán plantea una interpretación sobre la cercanía existente entre el hombre de genio y la enfermedad mental, alejada ya del humoralismo. Tissot en su tratado de higiene sobre *les gens des lettres*, por el contrario, mantiene todavía viva la tradición humoral aunque matizada con los nuevos puntos de vista fibrilaristas y con un abundante catálogo de recomendaciones higienistas necesarias para los que cultivan las ciencias y el estudio, por su tendencia a padecer alteraciones mentales

Médicos y artistas y *El yo y el diablo* cierran esta segunda parte del libro. Capítulos inmersos ya plenamente en el periodo contemporáneo en el que el autor señala dos líneas paralelas en la consideración teórica de la figura del genio: la degeneracionista y la evolucionista fruto de contextos políticos, ideológicos y sociales diferentes. Ello permite a Peset retomar, entre otras como la de Nietzsche, Oscar Wilde y Thomas Mann, la obra de Cesare Lombroso, de la que es un reconocido especialista.

Obra con planteamiento muy original, con una calidad literaria de factura excelente, cargada de referencias cultas, no solo desde la literatura sino desde otros espacios de la creación artística (las obras de Miquel Barceló y el inquietante pero siempre interesante Edvard Munch son algunos de los citados, pero también Wagner, Bach o Schumann) que están, en todos los casos, bien justificados y que son un valor añadido al puramente historiográfico del libro. De igual modo la presencia de los claroscuros de Caravaggio en las pocas ilustraciones que acompañan el texto nos sitúan, con una simple ojeada, en una atmósfera propicia para la comprensión de los contenidos de la monografía.

Rosa Ballester

*División de Historia de la Ciencia
Universidad Miguel Hernández*

DAVID YOUNG, *El descubrimiento de la evolución*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1998, 294 pp.

Nos encontramos ante un libro que tiene dos primeras cualidades: tiene una elegante y excelente presentación y un título escueto y muy preciso. Hay que decir también que la lectura de sus páginas felizmente completa y confirma la primera impresión. Un libro bien escrito, con claridad y sencillez sin perder la capacidad de explicar la complejidad de los problemas que plantea, haciendo comprensible, pero no por eso simple, lo que nos relata y explica. Además, y esto se agradece especialmente porque no es muy frecuente, está muy bien traducido. Ilustraciones también excelentes y adecuadas al texto y a las explicaciones que en él se contienen. Un libro, pues, que llama a la lectura de tan apasionante tema, la historia de la conformación de un pensamiento que tan clara-

mente pone encima de la mesa: la historia del descubrimiento de la evolución, la historia de los seres vivos, para la que es esencial la historia de la naturaleza toda. Es una obra que toma como guía un análisis de las ideas clave, —no relata simplemente hechos y circunstancias— y cómo las ideas en unos casos se contraponen y en otros se ajustan. El autor va aclarando, además, a lo largo del texto, aspectos importantes del razonamiento científico, como la concepción de teoría, ciencia y conocimiento científico, biología (historicismo de la biología), etc.

Comienza la historia del descubrimiento de la evolución con el pensamiento de Aristóteles y de los griegos. Dedicar, como es lógico, un gran espacio al desarrollo de la ciencia natural y la importancia de la búsqueda de organización en un mundo natural creciente, la búsqueda de clasificaciones, señalando la tarea de John Ray y Frances Willughby en zoología, y después, claro, la de Linneo en relación con la botánica y la nomenclatura, así como la importancia de los estudios de Cuvier y Buffon.

Por otra parte, el autor analiza las formas de enfrentarse con la realidad de la diversidad y de la evidente adaptación de los organismos a su medio. Y transmite, con mucha claridad, la importancia de los descubrimientos fósiles y el proceso de su reconocimiento como representantes de seres vivos antiguos y la importancia que esto tuvo para la comprensión de la evolución de los seres vivos de una manera clara.

En definitiva, es un libro que sigue todos los pasos históricos del *descubrimiento* de la teoría evolutiva, señalando con claridad, y explicándolos, sus aspectos más significativos. Desarrolla, pues, todos los pasos históricos del evolucionismo desarrollando una exposición rica en matices y nada lineal. Centrándose en los problemas esenciales de la comprensión de la transformación y evolución de los seres vivos, jerarquizando los problemas pero exponiendo sus dificultades y complejidades. Está muy bien explicado el proceso y las ramas del conocimiento que tuvieron que encajarse, acoplarse para llegar a la conclusión de que todas apoyaban la existencia clara de un proceso evolutivo en que, de algunas o de varias maneras actúa la selección natural como motor del proceso. El análisis y la descripción de la historia de las ideas transformistas y evolucionistas transcurre con tanta facilidad que es una obra que cualquier interesado puede leer de un tirón.

Raquel Álvarez

Depto. Historia de la Ciencia, IH, CSIC

AGUSTÍN ALBARRACÍN TEULÓN, *Historia del Colegio de Médicos de Madrid*, Madrid, Colegio Oficial de Médicos de Madrid, 2000, 696 pp.

Con motivo del centenario de los Colegios de médicos, se han publicado interesantes estudios sobre sus orígenes. El que ahora comento, de gran envergadura, se ocupa de conmemorar la creación del Colegio de Médicos de Madrid. Como el autor señala, el origen de estas instituciones es complejo. Nacen en el contexto del fin del antiguo régimen, con el fin de las protecciones ya caducas de los oficios y las profesiones. Convertidas las que se ocupaban de la salud en profesionales liberales, se quiere arbitrar un sistema que garantice la supervivencia de sus miembros, asegurando a la vez una asistencia de calidad y una lucha contra el intrusismo. Se trata de un elemento, pues, fundamental en la historia de la profesión médica.

El mayor mérito de Agustín Albarracín ha sido presentar una historia compleja de forma amena. No le ha sido difícil desentrañar el significado del Colegio, pues es un buen conocedor de la historia de la profesión médica. Además ha consultado cuidadosamente las principales fuentes, en

especial los Boletines del Colegio de Médicos, desde 1896, y los Libros de Actas de las Juntas y Asambleas, desde 1893. No ha olvidado tampoco las principales revistas médicas, así como la bibliografía pertinente sobre el tema.

Pero el mérito principal es convertir un difícil material en una historia interesante. Ha sido importante su buen quehacer como escritor, pero también haber sido capaz de entroncar las vicisitudes del Colegio de Médicos en los principales problemas de la época, sean políticos, económicos o profesionales. También ha sido hábil al sacar a la luz los principales personajes que han participado en la evolución de la institución. Por ejemplo, es notable la presentación de los esfuerzos de Julián Calleja por conseguir la creación, o bien los de José Sanchís Banús por dotarla de contenido y saber. La edición, bien cuidada, destaca por el material iconográfico, así como por la erudición de las notas, los índices temático, onomástico e iconográfico. Es un magnífico ejemplo para las instituciones que quieren aprender de su pasado.

José Luis Peset

Depto. Historia de la Ciencia, IH, CSIC

CARLOS CASTRODEZA, *Razón biológica. La base evolucionista del pensamiento*, Madrid, Minerva, 1999, 269 pp.

En la introducción de su libro *Le groupe zoologique humain* (París, 1956) Teilhard de Chardin expone su propósito de «estudiar la estructura y las direcciones evolutivas del grupo zoológico humano». El objetivo se resume en una duda histórica, conocer ¿qué lugar ocupa el hombre en la naturaleza? Similares intenciones suscribe la *Razón biológica* pero aplicando un criterio diferente del esencialismo utilizado por Chardin para resolver el problema de la evolución del hombre. Carlos Castrodeza ha elegido el accidentalismo como principio director de su análisis sobre el fenómeno humano para, acertadamente pensamos, considerar «al hombre como una entidad más sin concesiones particulares» (p.13). Existimos por un «accidente orgánico», como sucede con cualquier ser vivo. El biólogo Jean Rostand lo expuso con mayor ingenio literario: «procrear, ..., es experimentar con el azar» (*Pensées d'un biologiste*, París, 1954). Considerar al hombre otro suceso natural es un acto de humildad que atenta contra el principio antropocéntrico que dirige nuestros pasos de especie dominante. Y ésta es una buena razón para no ser accidentalista, pero existen. Linneo, allá por el siglo dieciocho, fue uno de los primeros en dictaminar pública y científicamente la condición animal del hombre. El resultado es el *Homo sapiens*, el primero de los monos, acompañado entonces de una parentela ficticia de la que formaron parte el *Homo troglodytes* y el *Homo caudatus*, por ejemplo. Hoy nuestro particular árbol genealógico discurre por derroteros más certeros y el número de antecesores identificados aumenta periódicamente. Los paleontólogos certifican el cambio físico ocurrido en el género *Homo* y ahora la evolución del grupo zoológico humano es, principalmente, un problema cultural a debate.

La propuesta de Castrodeza para determinar *La base evolucionista del pensamiento* se desarrolla siguiendo un patrón universal: la relación del individuo con el medio, ya que «la pretensión más general de todo ser vivo es la de conocer su medio externo» (p.23). Explorar y conocer es una razón de supervivencia, circunstancia que para el hombre, inmerso en su realidad cultural, significa comprender la naturaleza. El lema es conocer para sobrevivir y no para explotar el medio, aunque pocas veces se practique. En este marco evolutivo morfología y cultura tienen un valor adaptativo relativo a su funcionalidad y disfuncionalidad, considerándose la evolución como una cuestión de *strate-*

gias adaptativas y eficacia biológica —cap.2—. Comprender significa reunir información para relacionarse con el medio empleando la estrategia más eficaz. Sin embargo, la estrategia desplegada por el hombre pone en juego conceptos aparentemente contradictorios como la ética. *¿Para qué sirve la ética?* —cap.3—. El interrogante conduce al problema de las dos culturas, científica y humanística, plantea el enfrentamiento que tecnología y filosofía mantienen por liderar nuestro desarrollo social ejerciendo como vectores evolutivos. Sobre este punto, la opción elegida es encontrar *una solución biológica al problema de las dos culturas* —cap.4—, determinándose que racionalidad (comportamiento simulado por el conocimiento) e irracionalidad (comportamiento intuitivo) son fórmulas adaptativas cuya mayor o menor eficacia es aleatoria.

Castrodeza realiza este recorrido portando un amplio y necesario equipaje cognoscitivo. Destaca el *catecismo* accidentalista escrito por Jacques Monod: *El azar y la necesidad*, sin olvidar las páginas de Konrad Lorenz. No faltan a la cita Daniel Dennett y Richard Dawkins, ni esencialistas como Michel Ruse. El análisis es crítico y el juicio ecuánime, ofreciendo una interpretación alternativa pero no excluyente. Y ha tenido la habilidad y el acierto intelectual de escribir un ensayo biológico para filósofos y filosófico para biólogos, demostrándonos la necesidad de conjugar ambas disciplinas para estudiar adecuadamente el complejo proceso evolutivo que atañe al hombre, sobre el cual conviene aplicar la sentencia de Montaigne: «no hay nada más cierto que la incertidumbre».

Andrés Galera

Depto. Historia de la Ciencia, IH, CSIC

ERNESTO DE MARTINO, *La tierra del remordimiento*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000, 406pp.

La principal pregunta de la antropología es el origen de los saberes populares que estudia. Para unos, se remontan a épocas clásicas, una tendencia ilustrada; para otros, románticos, el saber de cada día es producido por el pueblo, sabio y consciente. Quizá la solución no exista, sino que ambas son ciertas: cualquier ceremonia o saber tiene origen en anteriores y más cultas raíces, pero es la sabiduría popular la que los produce y enriquece.

En este sentido, la posición del antropólogo italiano Ernesto de Martino es ejemplar. El estudio que hizo del tarantismo apuliano en los años cincuenta y que ahora se traduce es un ejemplo extraordinario de trabajo de campo y de laboratorio. Un equipo interdisciplinar descartó de inmediato la estricta identificación médica del fenómeno y supo colocarlo entre la historia y la sociología, la cultura clásica y los fenómenos agrarios y estacionales, la psicología y la religión. El minucioso análisis de los simbolismos, de las diversas culturas, de los cuadros psicológicos y ritos sacrales, de la historia y la marginación... hacen de la obra que reseño una lectura obligada para quien quiera hoy en día hacer historia o antropología médicas. En una época de ricos matices metodológicos como es la actual, la obra de Ernesto de Martino es un brillante ejemplo a seguir. Por ello, es necesario felicitar a la editorial Bellaterra y a la coordinadora de la edición, la profesora Rosario Otegui Pascual, por esta sabia decisión.

José Luis Peset

Depto. Historia de la Ciencia, IH, CSIC

MICHAEL RUSE, *The Darwinian Revolution: Science Red in Tooth and Claw*, Chicago and London, University of Chicago Press, 2nd ed., 1999, XIV + 346 pp.

Desde la publicación de sus artículos «Confirmation and Falsification of Theories of Evolution» (*Scientia*, 104; 1969: 329-57) y «The revolution in Biology» (*Theoria* 35; 1970: 13-22) una dilatada producción científica ha mantenido a Michael Ruse en la primera línea del debate histórico sobre la teoría de la evolución. Particularmente, dos libros merecieron la atención y el reconocimiento de la comunidad internacional, y son habituales referencias bibliográficas: *The Philosophy of Biology* (1973), y *The Darwinian Revolution: Science Red in Tooth and Claw* (1979). Junto a estas obras títulos como *Sociobiology: Sense or Nonsense* (1979), *Darwinism Defended: A Guide to the Evolution Controversies* (1982), *But Is It Science? The Philosophical Question in the Creation/Evolution Controversy* (1988), *Monad to Man: The Concept of Progress in Evolutionary Biology* (1996), y su reciente *Mystery of Mysteries: Is Evolution a social Construction?* (1999), conforman un valioso ideario que demuestra cómo Ruse se ha tomado a Darwin en serio; tal y como aconseja otro de sus libros: *Taking Darwin Seriously* (1986).

Transcurridas dos décadas se publica la segunda edición de *The Darwinian Revolution*. El libro es una reimpresión ampliada con un breve capítulo donde se presenta la historiografía darwinista más significativa del período transcurrido. El resultado es un limitado conjunto de referencias temáticas y bibliográficas complementarias del libro. Se comentan diferentes líneas de investigación, por ejemplo, la interpretación neomarxistas del ideario de Darwin, las connotaciones neodarwinistas presentes en la formulación de la teoría sintética, o el vínculo entre ciencia y religión inherente al desarrollo histórico de la teoría de la evolución. No faltan posiciones más heterodoxas, como la representada por P.J. Bowles, y la teoría sobre el *punctuated equilibria* formulada en 1972 por N. Eldredge y S.J. Gould. La historiografía francesa es uno de los déficit de la obra, en consonancia con el pensamiento de Ruse quien no duda en afirmar que en el período 1830-1875 «the organic origins question did become a distinctively British problem» (*Prologue*, XIII). Algún avance se ha producido rescatando del olvido el impecable trabajo de Goulvent Laurent, *Paléontologie et évolution en France de 1800 a 1860. Une histoire des idées de Cuvier et Lamarck à Darwin* (Paris, CTHS, 1987), que demuestra el error de excluir a los naturalistas franceses del debate evolucionista. Tiene razón Michael Ruse al argumentar que revisar su libro equivaldría a una nueva redacción. La investigación sobre el darwinismo ha sido múltiple y por este motivo su intento de actualizar la obra resulta ineficaz. Complementario, más útil e ilustrativo, hubiera sido incorporar un detallado estudio bibliográfico. Después de veinte años *The Darwinian Revolution* es un correcto y didáctico manual recomendable para introducirse en el debate evolucionista que caracterizó la biología y la sociedad británica victoriana. Por este motivo, sea bien recibida la nueva edición.

Andrés Galera

Depto. Historia de la Ciencia, IH, CSIC

LUIS MONTIEL, *La novela del inconsciente: el proceso de individuación en la narrativa de Gustav Meyrink*, Barcelona, MRA, 1998, 198 pp.

Si como dice Kundera la tarea del crítico es captar el valor de una obra —para lo que se requiere conocimiento y competencia supremas— y el crítico (o el ensayista en este caso) es un «descu-

brido de descubrimientos», con seguridad que *La novela del inconsciente* cumple los requisitos estipulados por el escritor checo.

Lo descubierto en este caso es —leído desde la perspectiva de la psicología analítica de Jung— la potencia con que Gustav Meyrink (novelista austríaco que vivió entre 1868 y 1932) describe el itinerario de transformación espiritual que debe cumplir el ser humano para ser tal. Es lo que en términos del psiquiatra suizo se denomina la búsqueda del Sí Mismo. Justamente uno de los objetivos del libro es constatar si existen similitudes entre los recorridos vitales de los protagonistas de Meyrink y las formulaciones del proceso de individuación, que debe ser coronado —en las teorizaciones junguianas—, con la conquista de aquel Sí Mismo.

El libro de Montiel analiza tres novelas de Meyrink *El Golem*, *El rostro verde* y *El dominico blanco*, escritas entre 1915 y 1921. Es interesante señalar que el autor llama la atención sobre el hecho de que los análisis de los procesos inconscientes llevados a cabo por Jung son en general posteriores (al menos su publicación) a estas novelas, lo que constituiría, por un lado, una singular prueba de la validez de sus postulados, y, por el otro, de la pertinencia de la búsqueda del inconsciente en la literatura de ficción, problemática en la que Luis Montiel desarrolla gran parte de su tarea de investigador.

La obra está dividida en tres partes, correspondientes a las novelas citadas. En la primera —«El animal que no existe»— se analiza brevemente la escasa atención que recibió *El Golem* por parte de la crítica y la inadvertencia del parangón que se podía establecer entre esa leyenda del misticismo judío y los descubrimientos que el naciente psicoanálisis estaba haciendo de la dimensión inconsciente del psiquismo humano. Se pasa de inmediato al análisis de la novela, en cuyo comienzo el protagonista toma contacto con su inconsciente, en un estado de duermevela, a través de una experiencia que se revela traumática: «arrastrado al dominio del sueño, del inconsciente, el narrador se siente perdido, disgregado. Desearía reencontrar la unidad de su yo y comprueba que no puede hacerlo; al menos no por un camino cómodo» (p. 28). Allí se encontrará con una serie de imágenes, de cuya realidad no puede dudar, aunque sean manifiestamente oníricas, perturbadoras y que constituyen el ámbito de lo que Jung denominó «la sombra» (o inconsciente personal) ligado al inconsciente colectivo y sumamente peligroso —si no es adecuadamente tramitado— para la salud del individuo. Estas imágenes se condensan y toman forma humana en el Golem (criatura de arcilla y barro al que algunos rabinos, espiritualmente poderosos, podían dotar de vida y quitársela a voluntad) y que también puede entenderse como la representación del alma de quién lo ve. Esta experiencia constituye el anuncio de que ha iniciado un camino de dolorosas transformaciones cuyo desarrollo constituirá el argumento de la novela. Esta situación se materializa en la tarea de restauración que el desconocido (el Golem) le encarga». Esta esforzada tarea (restaurar la letra inicial de un libro) que ha caído, por así decirlo, sobre Athanasius Pernath implica, en primer lugar, el conocimiento de que existe una forma superior de vigilia, que no renuncia a la mitad onírica de la actividad de nuestro espíritu; y luego, que la decisión de vivir considerando esa otra mitad, la oscura, la oculta, la tan a menudo negada, procede de uno mismo, aunque no sea consciente de ello» (p. 46).

Esta interpretación que hace Montiel condensa, en cierta medida, la imagen del hombre que surge de gran parte de las antropologías religiosas: un ser situado entre la necesidad y la libertad, en una tensión dolorosa que dura mientras dure la vida. En esta tarea, que no es más que la restauración de sí mismo alcanzando el Sí Mismo postulado por Jung, el protagonista deberá enfrentarse (para integrarse a ella) a la contrafigura femenina del varón (designada por Jung también con el término *ánima*) que se desplegará en la novela a través de tres personajes: Rosina, Angelina y Mirjam, quienes se mueven entre la espiritualidad nula de la primera y la plena de la tercera, que roza la santidad. Como es sabido *anima* y *animus* (este último designa al polo masculino del inconsciente) constituyen conceptos claves de la psicología analítica, lo que descubre otra significativa coincidencia entre la literatura y esta disciplina. «La *coincidentia oppositorum*, la unión del yo con el *anima*, es lo que salvará a Athanasius, lo que le hará inmortal. Hasta el momento el soñador

sin nombre, al que ahora llamamos Athanasius ha sufrido varias muertes sucesivas; desintegración del Yo en el sueño, pérdida de un pasado poblado de fantasmas, encierro carcelario. Pero todas estas muertes que han ido preparándole para el renacimiento anunciado por Laponder, deben completarse mediante un acto definitivo: la aceptación personal de la aniquilación ante la esperanza de esa vida más plena» (p. 70). Esa aniquilación simbólica sobrevendrá al final de la novela y será la constatación literaria de la idea, acertadamente señalada por Montiel, de que «el poder sacrificarse a sí mismo indica que uno se posee a sí mismo» (p. 73), consideración ésta que desborda los planos literario y psicológico hacia el filosófico.

En la segunda parte («Uno mismo-nosotros») el análisis que hace Montiel nos revela que en *El rostro verde* Meyrink hace intervenir más la historia y la relación con seres más reales, menos oníricos (aunque estas experiencias estén presentes) que en *El Golem*. Aunque siempre constituirán el escenario donde el personaje desplegará su búsqueda psicológico-espiritual. Quizá se deba, apunta el autor, a que Meyrink haya querido compensar el excesivo individualismo de esta última novela. Pero también nos dice que todo progreso auténtico hacia una vida más real, todo paso que da un individuo hacia la consecución del Sí Mismo es un paso que da la humanidad: «La explicación consigo mismo, la apropiación de lo más íntimo, es lo único que puede permitir una relación adecuada con el prójimo y con la humanidad, una instalación nueva y fecunda en la sociedad y la historia» (p. 80). Quien se ha convertido en un viviente, quien ha renacido, genera vida con su actitud. Todas las peripecias de Fortunat Hauberrisser, el protagonista, apuntan en ese sentido. El guía para este camino será el Judío Errante, una de las encarnaciones del arquetipo del hombre inmortal, y que «al menos en su encarnación meyrinkiana, es sobre todo, un destino» (p. 85). Destino que le llevará a rebelarse contra la doble moral burguesa característica de las primeras décadas del siglo y que Freud ayudó a desenmascarar. Uno de los primeros caminos que se le presentan a Hauberrisser es el de las doctrinas esotéricas, una falsa puerta que permite ver el mundo arcano pero no penetrar en él, sino por el contrario, enloquece en la mayoría de los casos a quienes se internan en él: «El peligroso fenómeno que Eva y Sephardi [dos de los personajes importantes de la novela] contemplan es, desde un punto de vista, la desvirtuación de la experiencia religiosa, la caída en el error fanático; desde otro, la enajenación enmascarada por la apariencia de su contrario, la apropiación de lo más íntimo, esto es: no la asunción de lo que aquí se llama «subconsciente» por la conciencia, sino el envenenamiento de ésta por aquél» (p. 99). Por el contrario, sólo parecen ser válidas las enseñanzas que proceden de nuestro propio espíritu, claro que de la instancia más profunda y ya impersonal del mismo. Esto es lo que Meyrink condensa en pensamiento que acertadamente transcribe Montiel: «todo lo que no surge del espíritu es polvo inerte, no hay que rezar a ningún Dios que no sea aquél que se manifiesta en nuestra alma (...) [ese Dios] se manifestará a través de cambios bruscos en su vida externa. Primero debe perderlo todo, incluso (...) perder a Dios, si quiere hallarlo siempre de nuevo» (p. 102). Esto no es más que la formulación religiosa del proceso de individuación propuesto por Jung. Montiel señala que el sentido que asume aquí la existencia humana ya no es el que definen dogmáticamente las religiones institucionalizadas, y curiosamente es comparable a un proceso de cura donde el curador ya no está afuera sino dentro de los individuos, y es el individuo mismo en su instancia más recóndita y enigmática. También en esta novela intervendrán la figura femenina, la muerte y el renacimiento espirituales; también, y de manera fundamental, lo hará el amor, con cuyo auxilio los protagonistas logran vencer los pesados lazos con los que la tierra intenta detener a quienes se embarcan en una transformación espiritual. Una transformación que no excluye el cuerpo, sino que por el contrario, lo considera el material sobre el que hay que trabajar. Esta actitud, de manera sugerente, niega la realidad del pecado. En un manuscrito que cae en manos del protagonista se lee: «creen que hay que descuidar y despreciar el cuerpo porque es pecaminoso; nosotros sabemos que el pecado no existe, que el cuerpo es el principio, que tenemos que comenzar por el cuerpo y que hemos bajado a la tierra para transformarlo en espíritu» (p.128). Aquí Montiel señala las resonancias con el Zarathustra nietzscheano que se hacen

evidentes al lector atento, lo que pone a la novela de Meyrink en una singular relación, al menos en este aspecto, con el pensamiento de su época.

En la tercera novela Meyrink hace transitar a su protagonista, Christopher Taubenschlag, por un camino por el que entra en relación con otro tema junguiano: la herencia específica, que como explica el autor de este ensayo: «...el individuo la posee no en calidad de miembro de una familia o de una etnia, sino de la especie humana...» (p. 139 n.). También aparecerán aquí la oración y el sueño como medios por los que se puede alcanzar la transformación espiritual o metanoia. Especialmente significativo es lo que dice Meyrink sobre el sueño: «Aprender a soñar es el primer grado de la sabiduría. La vida exterior da la inteligencia; la sabiduría fluye del sueño» (p. 143). Esta sabiduría proviene del yo más profundo del protagonista, su inconsciente, que «le ha permitido conocer no sólo los más profundos estratos de su personalidad, sino también de la de su padre». El padre y los antepasados van a jugar un papel importante en el plano simbólico, pues el protagonista es el último eslabón, por ahora, de una cadena de seres unidos por el deseo del perfeccionamiento espiritual y que incluso lo expresan en el plano material, agregando un nuevo piso, cada generación, a la casa en la que habitan.

La presencia femenina, otra vez, será importante en *El dominico blanco* y está encarnada en la figura de Ofelia, con quien Taubenschlag no podrá consumir el amor terrenal, sino vivirlo en un plano trascendental, como lo hicieron los protagonistas de *El rostro verde*. La trágica existencia de Ofelia, problemática desde su concepción, llevará al protagonista a casi consumir el homicidio del padre de aquella, Mutschelknaus, con lo que Meyrink, al decir de Montiel, «postula la necesidad de la efracción —de la efracción a muerte— de las reglas presuntamente más inquebrantables, que aunque haya de ser remitida al dominio simbólico —nada en la vida de Meyrink hace suponer que haya considerado inexcusable para su perfeccionamiento el asesinato de un semejante—, no por ello resulta menos perturbadora. Sólo quien se atreve a franquear uno de los límites detrás de los cuales acecha lo pavoroso, lo maldito, puede optar al reconocimiento, descubrir, como un nuevo Colón, que en lugar del piélago que oculta monstruos, o del borde cortado sobre el vacío se extienden ante su vista nuevos mares y nuevas tierras» (pp. 156-57).

Sin duda, Meyrink alcanza aquí las cimas de su novelística, pues nos presenta la unión de los contrarios en un contexto dramático del más alto vuelo literario. Esta aceptación del mal, analizada magistralmente por Montiel en la última parte del libro, significará también su reabsorción, su reacogimiento en una totalidad a través del amor. «En todo caso —propone Montiel— el criterio para conceder validez al camino seguido por Christopher (...) no es tanto el conocimiento cuanto el amor» (p. 170).

En suma, *La novela del inconsciente* descubre nuevamente, o recrea los descubrimientos que Meyrink ha hecho sobre el alma humana, en las dramáticas y complejas vidas de los héroes de sus novelas. Y digo héroes no como un lugar común, sino porque también es posible pensar que el proceso de individuación propuesto por Jung y las trayectorias vitales de Athanasius Pernath, Fortunat Hauberrisser o Christopher Taubenschlag describen, en sede literaria en este caso, las transformaciones que según la Tradición deben sufrir aquellos en los que se ha despertado la sed de ser. Esa sed a la que nunca se podrá apagar.

Gustavo D. Pis -Diez Pretti

H^a de la Medicina, Fac. de Medicina, UCM

JUAN PIMENTEL, *La física de la Monarquía. Ciencia y política en el pensamiento colonial de Alejandro Malaspina (1754-1810)*, Aranjuez, Doce Calles, 1998, 437 pp.

La abundante bibliografía malaspiniana, que en 1992 sobrepasaba con creces el millar de referencias, según el repertorio elaborado por Blanca Saiz, seguía sin contar con una obra que abordara como objetivo central el estudio del pensamiento colonial de Alejandro Malaspina. Como el propio Pimentel señala en su libro, existía un sugestivo y polémico artículo de José Vericat aparecido en 1987, pero era necesario abordar el problema tomando en consideración la totalidad de las fuentes malaspinianas y tratando de rehuir los lugares comunes acuñados por otras aproximaciones más superficiales. En cuanto al primer aspecto, el magnífico catálogo de M^a Dolores Higuera, aparecido entre 1985 y 1994, con los más de tres mil documentos sobre Malaspina en los fondos del Archivo del Museo Naval, la localización por Manuel Lucena en Bogotá de los *Axiomas políticos sobre la América* y el propio trabajo en archivos españoles, americanos e italianos, han suministrado a Pimentel la urdimbre imprescindible para tejer su interpretación. En cuanto al segundo aspecto, el autor se propone desde un principio un análisis del pensamiento colonial del marino italiano más allá de la simple glosa reiterativa de aquellas propuestas o reflexiones de Malaspina que han llevado a otros lectores actuales a construir «un Malaspina en exceso moderno» (p. 26).

Pimentel no escatima al lector la claridad de sus «dos propósitos iconoclastas [...] demostrar a un Malaspina más antiguo que lo habitual, más deudor de viejas tradiciones que innovador [y...] demostrar cómo antes de zarpar [...] tenía ya listo su arsenal intelectual» (p. 21). E insiste en el calificativo al admitir «un cierto espíritu iconoclasta en un doble sentido [...] presentar el carácter científico de la expedición en virtud de este sentido [político] [y...] demostrar a través de los textos hasta qué punto Malaspina vivió la empresa como una experimentación destinada a confirmar sus axiomas», es decir, como un *saggiatore* (p. 22).

La estructura de la obra se explica con brillante claridad en la introducción (pp. 24-30): una primera parte dedicada a las etapas de formación de Malaspina como «un científico proyectista», hasta el momento de la aprobación del proyecto de expedición (pp. 39-139); una segunda parte (pp. 143-364) dedicada a los cinco años de la expedición, en la que, tras dos capítulos clave acerca de los principios axiomáticos de Malaspina y de la concepción enciclopédica de la expedición, vamos siguiendo paso a paso los avatares del viaje, a la luz de los escritos malaspinianos, fruto del inmenso acopio de documentación que se amontonaba sobre su escritorio y de las interpretaciones de los materiales que su privilegiado laboratorio le fue suministrando, guiadas por el afán de hacerse una «idea cabal» de las necesidades que la «utilidad pública» de la monarquía (ambas expresiones son del mismo Malaspina) tenía planteadas; y un epílogo «La monarquía proyectada» (pp. 367-385), quizá demasiado breve para lo que pretende contener, como trataremos de comentar más adelante.

Más de diez años ha estado Juan Pimentel viajando a través de los escritos de Alejandro Malaspina y de la abundante documentación relativa a la expedición que comandó entre 1789 y 1794. Una década de maduración intelectual que ha desembocado finalmente en esta *Física de la monarquía*, que se publica dentro de la colección *Theatrum Naturae* dirigida por Miguel Angel Puig-Samper, al que cabe felicitar por la elección de los excelentes trabajos que ha venido acogiendo, y que edita Doce Calles con la calidad y el esmero que han caracterizado hasta la fecha sus productos.

En efecto, hace ya diez años que Pimentel elaboró su *Malaspina y la Ilustración* y cabe decir que, en el tiempo transcurrido desde entonces, su autor ha sido capaz no sólo de superar esa cierta ingenuidad inicial, de la que él mismo se acusa ahora (p. 15), sino de acabar fraguando una obra plenamente madura acerca del pensamiento colonial de ese «inveterado proyectista» (p. 378) que fue Alejandro Malaspina, pensamiento que se movió entre las dos coordenadas fundamentales que se expresan en el subtítulo de la obra: la ciencia y la política.

Inveterado proyectista, desde luego, y como tal, enraizado en la tradición autóctona del proyectismo ilustrado hispano; pero las claves para comprender el pensamiento malaspiniano no se acaban ahí y es mérito esencial de esta obra poner sobre el tapete otras muchas. Malaspina fue un marino, un científico y un proyectista, pero también un jeffersoniano prudente (pp. 190-5, 302-8 y otras), un viquiano *sui generis* (pp. 73-77, 360-364 y otras) y un «apóstol de Smith» (p. 380, entre otras). Las claves no se agotan ahí; a lo largo de las páginas del libro, vamos aprendiendo a reconocer un Malaspina seducido desde su juventud tanto por los utopismos tardorenacentistas de Bacon y Campanella, como por el ambiente intelectual de ese iluminismo del *Mezzogiorno*, que Pimentel ha sabido situar con acierto, gracias a las enseñanzas de Franco Venturi, de Vincenzo Ferrone o de Anthony Padgen, entre otros. Pero, sobre todo, el Malaspina de Pimentel se nos presenta desde el principio de la obra (metáforas virgilianas aparte) como un newtoniano social. El newtonismo de Malaspina (empleo el término tal y como lo hace el autor) es la clave que, a la postre, se convierte en el código axial de la lectura elegida por Pimentel. Malaspina queda así situado como otro eslabón en la variopinta cadena de «newtonianos sociales» junto a Locke, Hume, Montesquieu, y Adam Smith. Las razones son convincentes y proceden de quien mejor conoce (lo editó, junto a su descubridor Manuel Lucena, en 1991) el texto emblemático del newtonismo malaspiniano: los Axiomas políticos sobre la América escritos por el marino italiano antes de partir para la expedición en julio de 1789.

Así pues, la columna vertebral de lo que Pimentel nos propone es concebir el pensamiento colonial de Alejandro Malaspina partiendo de sus Axiomas como una formulación de principios generales previa al viaje y, por tanto, entender la expedición como un extraordinario «laboratorio de experimentación» en donde, mediante la ciencia natural y la economía política, Malaspina no hizo sino «confirmar la veracidad de sus hipótesis y axiomas» (p. 376). El viaje, así entendido, no fue de descubrimiento, sino de «re-conocimiento»; el reconocimiento de la realidad de una Monarquía hispánica que tenía ante sí el reto de encontrar una vía satisfactoria de salida política, económica y jurídica a su condición de suma de metrópoli europea e inmensos territorios coloniales.

La ambición intelectual de Malaspina fue encontrar esa vía en el resultado de una adición que, históricamente, se iba a demostrar imposible en breve plazo de tiempo: emancipación moderada de las colonias más unión legal de la Monarquía. Una síntesis de utopismo campanelliano y modernidad ilustrada, consecuencia de esa «idea cabal» que el newtoniano Alejandro Malaspina se había hecho respecto de las «leyes del movimiento» que regían la «física de la monarquía».

En este sentido, la exposición de Pimentel, aunque resulta minuciosa hasta el detalle cuando trata de reconstruir las fuentes textuales o experimentales sobre las que trabaja el marino en su gabinete, alcanza sin embargo los momentos más sugestivos cuando nos cuenta cómo Alejandro Malaspina se aproxima con lucidez al claro choque de intereses entre las colonias y la metrópoli, pero una y otra vez echa marcha atrás, en nombre de la «complementariedad» de ambas para que su Monarquía siga en movimiento. A tan pocos años vista del triunfo del criollismo independentista en la América hispana, sorprende tan deliberada actitud de mantenerse muy cerca y, a la vez, a años luz de esa realidad palpable, mediante el artefacto intelectual de revestir de moderno mecanicismo fisicista un utopismo arcaizante. Esta y muchas otras consideraciones podrían hacerse al hilo de la riqueza del pensamiento de Malaspina que Pimentel pone a nuestra disposición.

Por eso, quizá, cabría apuntar una única insatisfacción: la brevedad con que el autor despacha en su epílogo una etapa crucial del pensamiento colonial de Malaspina, fruto del regreso a la metrópoli y del trabajo en dique seco, antes de ser apresado, recluso y luego exiliado. Pimentel se limita a apuntar «el apreciable giro desde una nueva ciencia (la física newtoniana) a la otra (la historia viquiana), desde el axioma de la identidad al reconocimiento de lo concreto», pero acaba dejando en el lector la sensación de que los axiomas de Malaspina sí han «sufrido» finalmente; quizá no a la hora de ser puestos sobre la mesa del laboratorio transoceánico, pero sí a la hora de reencontrarse con el presente de la metrópoli. En este sentido, puede que no sea suficiente la clave

de la *Scienza Nuova* de Vico (a la luz de la peculiar lectura de Isaiah Berlin) para entender hasta dónde llegó esa alteración del marco axiomático previo. Algunos pasajes de las cartas de Malaspina al cónsul Paolo Greppi (citadas por el mismo Pimentel) podrían hacer pensar que la convulsa realidad política de la Europa que Malaspina encuentra a su regreso le condujeron hacia derroteros no solamente viquianos. Si pensamos en cómo estaba viviendo esos mismos acontecimientos Alexander von Humboldt, podríamos intentar releer al penúltimo Malaspina (el inmediatamente anterior a su detención) a la luz de un «afán humboldtiano» que se halla en el ambiente de ese momento mejor que «en las concepciones más contra-ilustradas de Giambattista Vico» (p. 360). Por otro lado, puesto que el autor es consciente del peso del pensamiento jurídico de Filangieri y su *Scienza della Legislazione*, cabría profundizar, quizá, en esa vía mediante lo mucho que la historiografía del derecho ha aportado para enriquecer nuestro panorama del pensamiento jurídico europeo de los años finales de la llamada Ilustración. Este comentario no pretende volver a plantear una discusión acerca del pensamiento de Malaspina limitadas a una mera cuestión de grados de modernidad o tradicionalismo. Por fortuna, el libro de Pimentel es lo suficientemente denso y rico como para considerar superada esa fase de modo definitivo y entrar en otro escenario historiográfico de debate mucho más complejo y atractivo, que (esperemos) los especialistas se encargarán de enriquecer.

Por supuesto, no se agotan aquí las numerosas sugerencias de la lectura «pimenteliana» de Malaspina, pero la intención de esta reseña es simplemente incitar a otros lectores al uso y disfrute de este libro.

Especialmente a los historiadores de la ciencia españoles y latinoamericanos, ya que el libro plantea, más allá de sus contenidos, una forma de hacer historia de la ciencia que, en mi opinión, merece una atención especial; no sólo por su valentía y honestidad intelectual, sino también por su originalidad en el panorama histórico-científico local. Pimentel se coloca explícitamente en un marco historiográfico multidisciplinar, compuesto de «tres flancos» (p. 30): el de la historia de las ideas (desde Maravall y Carmen Iglesias a Isaiah Berlin, pasando por los ya citados Venturi, Ferrone y Padgen); el de la historiografía española de la ciencia (especialmente la de «sus mayores» José Luis Peset y Antonio Lafuente, entre otros) o extranjera (deliberadamente ecléctica, desde Paolo Rossi a Simon Schaffer); y el de la historia narrativa (desde Lawrence Stone a Morales Moya). Una «fusión de horizontes» (como él mismo la llama, p. 32) que consigue un resultado armonioso, como casi todas las fusiones musicales con afares vanguardistas pero bien trabadas en las respectivas tradiciones.

El autor asegura antes de empezar que, en el fondo, tal fusión no es más que «pretexto narrativo», un «recurso literario», retórica, al fin y al cabo, para «persuadir, entretener y conmovir» (pp. 34-36). Pero, al final, el lector tiene derecho a pensar que, al margen de haberse sentido persuadido, entretenido y conmovido, lo que Juan Pimentel le ha ofrecido es una inteligente manera de hacer (y de escribir) historia de la ciencia. Una disciplina en transformación a la que quizá le sean de aplicación las palabras que, referidas a otro asunto, cierran *La física de la Monarquía* (p. 396): «a fuerza de transmutarse, pierde significado o se vacía del original. Pero eso no importa: porque *instantáneamente* se va relleno de otros. Y sin embargo se mueve. O quizás a causa de ello».

José Pardo Tomás

Depto. de H^a de la Ciencia

Institución «Milá i Fontanals», CSIC, Barcelona